

pronto Canrobert, rebasado por ellos, no podría hacer otra cosa que realizar esos esfuerzos sublimes que ilustran la derrota, pero no la evitan.

## XIX

El plan de Moltke consistía en dirigir al Norte el principal ataque, es decir, en romper y envolver la derecha francesa. ¿Hasta dónde se extendía esta derecha? No se había podido averiguar esto sino mediante informes sucesivos; de aquí órdenes en un principio incompletas é hipotéticas que se concretaron gradualmente. Eran las once y media cuando la caballería hessense había avisado nuestra presencia en Saint-Privat, noticia que muy pronto fué confirmada por un reconocimiento practicado por los húsares que llegaron hasta delante de Batilly. Entonces se creyó saber la verdad y se sabía, en efecto, pero no completa, pues, como se supo algo más tarde, nuestra línea se prolongaba hasta Roncourt.

La consecuencia de ello había de ser reforzar la izquierda alemana y avanzar más hacia el Norte. En el entretanto, Manstein había empeñado la lucha, haciendo frente, no á la derecha francesa, como suponían las primitivas conjeturas, sino á nuestro centro, y cooperando sólo de una manera indirecta al movimiento decisivo. La principal misión había de estar reservada á la Guardia que mandaba el príncipe Augusto de Wurtemberg, y á los sajones que estaban á las órdenes del príncipe real de Sajonia. La Guardia, que, según las primeras disposiciones, debía distribuirse entre Verneville y Habonville, fué por entero enviada á este último punto desde donde había de encaminarse á Saint-Privat; en cuanto á los sajones, una de sus divisiones, la 24.<sup>a</sup>, se dirigía á Sainte-Marie-aux-Chenes, y la otra, la 23.<sup>a</sup>, hacia Coinville y desde allí daría vuelta á Roncourt pasando por los bosques y describiendo un movimiento muy amplio. Detrás de la Guardia y de los sajones estaría de reserva el X.<sup>o</sup> cuerpo.

En el entretanto, los franceses, que en general no habían cuidado de extenderse delante de las alturas, acababan de ocupar Sainte-Marie-aux-Chenes, desde donde los tiradores habían de acribillar con su fuego á quienquiera que osara presentarse; de suerte que, sin apoderarse previamente de este puesto avanzado, no podría el enemigo avanzar hacia Saint-Privat. En la gran acción que se empeñaba en nuestra derecha, el primer combate tendría por objetivo la posesión de aquella aldea.

Varios setos, sólidos cercados y gruesos muros favorecían la defensa de aquel lugar; pero, por desgracia, lo reciente de la ocupación no había permitido construir ninguna trinchera ni siquiera levantar barricadas en las entradas del pueblo. La guarnición de éste se componía de un regimiento, el 94.<sup>o</sup> de línea, muy mermado por la batalla de la antevíspera, y del cual se habían sacado además tres compañías para dejarlas en Saint-Privat, de modo que sólo contaba 1.450 combatientes. Había sido distribuido en parte en los linderos Sur y Sudoeste de la aldea, y en parte á lo largo de las zanjas de la carretera de Auboué, y estaba á las órdenes del coronel de Geslin, hombre inquebrantable en punto al cumplimiento del deber y dotado de valor intrín-

vido. El general Colin, comandante de la brigada, había querido compartir los peligros del regimiento.

Los tiradores de la guardia subían desde Habonville hacia Saint-Ail, y cuando salían de aquella población y avanzaban en dirección á Sainte-Marie, les alcanzaron los primeros proyectiles de los chassepots, á una distancia en que nada podían hacer los fusiles de aguja. Pero el peligro para el enemigo fué corto y la ventaja para nosotros bien frágil, pues los prusianos, aprovechándose primeramente de una línea de setos y luego de un edificio aislado, ganaron algunos centenares de metros, y al llegar á distancia conveniente contestaron con vigor á nuestro fuego. Otros se aproximaron á favor de un bosquecito ú ocultándose en un valle que corre de Sur á Norte, al Oeste de Saint-Ail. Los primeros asaltantes no habían de encontrarse solos mucho tiempo; en efecto, de Habonville llegaban tiradores, granaderos, cazadores, todo el grueso de la 1.<sup>a</sup> división de la guardia á las órdenes del general de Pape. El mismo barranco que había protegido á una porción de la vanguardia, disimuló la marcha de las columnas. Muy pronto hubo cerca de Sainte-Marie cuatro batallones, y algo más lejos tomaron posiciones once más.

Esta superabundancia de fuerzas permitía precipitar el desenlace. El general de Pape, á pesar de la superioridad numérica, no renunció á las prácticas ordinarias de los ataques prusianos; así es que antes de asaltar al adversario quiso destruirlo por medio de la artillería, á cual efecto rompieron el fuego diez piezas de la guardia. Precisamente se aproximaban los sajones, los cuales prestaron sus baterías, las de la 24.<sup>a</sup> división, luego las de la artillería de cuerpo, y finalmente, otras tres de la división 23.<sup>a</sup> Entonces entraron en acción contra Sainte-Marie 88 piezas, alineadas al Noroeste de Saint-Ail y en la carretera de Batilly á Auboné.

Ni la extraordinaria desproporción de fuerzas, ni los incendios que comenzaban á producirse, ni las bajas innumerables desconcertaron á los defensores: soportando impasibles aquella lluvia de granadas, el coronel de Geslin, el teniente coronel Hochsteter y los jefes de batallón Horcat y Froidevaux reunieron sus hombres; las compañías de reserva entraron en línea de combate y la lucha continuó sin otro temor que el de que se agotaran las municiones.

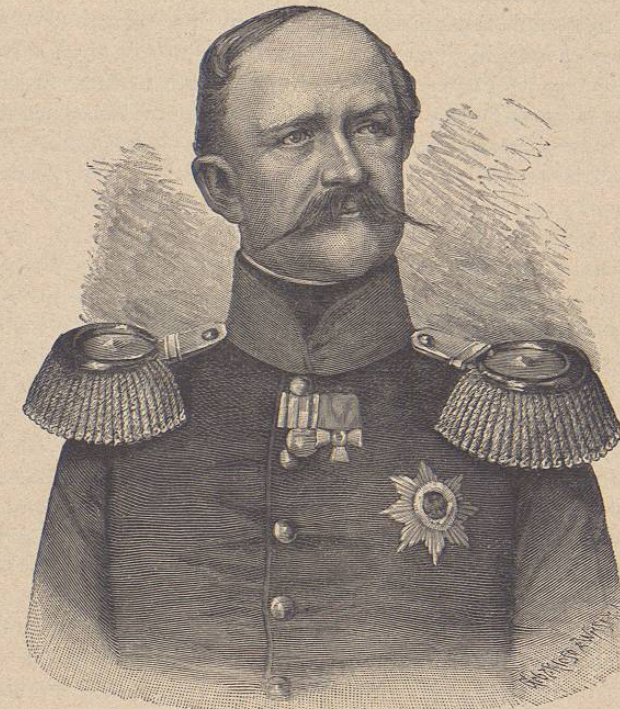
El combate duró media hora. Los granaderos y los sajones, muy vulnerables por su mismo número, experimentaban grandes pérdidas; pero el valor de los nuestros había de resultar impotente contra la desigualdad de los recursos. Mientras nuestro fuego se debilitaba, el enemigo lo disponía todo para el asalto: los prusianos habían de atacar la aldea por el Sur y por el Sudoeste y los sajones de la 24.<sup>a</sup> división por el Noroeste y por el Norte. A la señal de ataque, cuatro batallones de la guardia y siete de sajones lanzáronse sobre Sainte-Marie, y en aquel mismo momento, como si aún hubiese sido necesario un nuevo esfuerzo, aproximábase la 23.<sup>a</sup> división. Comparados con aquella masa de fuerzas los nuestros no eran más que un puñado de hombres, y, sin embargo, cuando avanzó el enemigo redoblaron su fuego. El camino estaba todavía libre hacia el Este; el general Colin acababa de ser herido gravemente, y el coronel de Geslin, reuniendo lo que pudo

de sus tropas y cubriéndose con tres compañías que habían sufrido algo menos que las demás, retrocedió hacia Roncourt, habiéndole salido al encuentro dos batallones del 91.<sup>o</sup> que lo recogieron y protegieron en su retirada. Entretanto, prusianos y sajones, prorrumpiendo en grandes hurras, penetraban en la aldea evacuada en tan gran número, que la principal dificultad estibaría en poner un poco en orden las unidades confundidas.

Una vez privados los franceses de su puesto avanzado, tenían los alemanes libertad completa para proseguir su movimiento. Algunas tentativas de ataque del

lo, subiría hasta Montois, exploraría las inmediaciones de esta población y, por último, se lanzaría contra las posiciones francesas.

Mientras los sajones preparaban de esta suerte el ataque de flanco, la guardia prusiana, destinada al ataque de frente, acababa de poner en línea sus regimientos. Poco antes de las cinco, la 2.<sup>a</sup> división desplegó una de sus brigadas, la 4.<sup>a</sup>, delante de Saint-Ail; otra, la 3.<sup>a</sup>, se reunía en Habonville para apoyar al IX.<sup>o</sup> cuerpo. En cuanto á la 1.<sup>a</sup> división, mandada por Pape, hallábase agrupada en torno de Sainte-Marie-aux-Chenes, teniendo delante, muy al Oeste, la aldea de Saint-



El príncipe Augusto de Wurtemberg

6.<sup>o</sup> cuerpo fueron infructuosas. Después hubo un intervalo de calma, que no era suspensión de la batalla, sino preparación de la maniobra que, mediante un ataque de frente y un movimiento envolvente de la derecha francesa, consumaría la derrota. Los esfuerzos coordinados de los sajones y de la guardia habían de asegurar la realización del gran plan.

La 23.<sup>a</sup> división de los sajones, mandada por el príncipe Jorge, después del combate de Sainte-Marie, había proseguido su marcha hacia el Norte; una de sus brigadas, la 45.<sup>a</sup> había de llegar hasta Aboué, y desde allí, y dejando muy atrás á la otra, la 46.<sup>a</sup> hasta Roncourt. Tan importante se había considerado este movimiento, que se había puesto á las órdenes del príncipe la brigada 48.<sup>a</sup>, quedando sólo una, la 47.<sup>a</sup>, en Sainte-Marie. Los alemanes se preguntaban, sin embargo, si la derecha francesa se prolongaba hasta más allá de Roncourt, y esta incertidumbre motivó una nueva modificación en las órdenes. Dispúsose, en efecto, que las brigadas 45.<sup>a</sup> y 48.<sup>a</sup> se separasen: la primera, mandada por el general Craushaar, se ajustaría á las instrucciones primitivas y al través de los bosques iría directamente á Roncourt; la segunda, reforzada por un regimiento de caballería, ensancharía el arco de círcu-

Privat. Era preciso, sin embargo, proveer para que los progresos de los sajones en la extrema derecha francesa asegurasen la simultaneidad de los esfuerzos. Y como si los asaltantes hubiesen querido tomar aliento antes de desplegar todos sus furores, la lucha sólo se señalaba por las detonaciones algo espaciadas de las baterías.

Canrobert, contra quien convergían tantos esfuerzos, tenía bastante experiencia para dejarse engañar por aquella calma terrible. Para contener á la guardia y al IX.<sup>o</sup> cuerpo apenas disponía de 28.000 hombres, y su artillería, ya muy reducida y obligada á contar sus disparos, sostenía muy débilmente aquel desigual combate. Sólo un socorro llegado oportunamente habría podido equilibrar las probabilidades, y ¿á quién pedir aquel socorro sino á Bazaine?

Desde los comienzos del combate, Canrobert había enviado uno de sus oficiales, el capitán Bellegarde, al comandante en jefe, el cual había contestado: «Diréis al mariscal Canrobert que ordene al general Bourbaki que le envíe una división de la guardia imperial para el caso en que el ataque se formalizara más; además doy orden al general Soleille que le mande una batería del 12. Finalmente, el mariscal puede llenar sus furgones

en el parque de reserva que está aquí (1).» Pero viendo que ninguno de estos refuerzos llegaba, salió de Saint-Privat, entre dos y dos y media, otro mensajero, el capitán de Chalus, para pedir una división de infantería y municiones (2). Bazaine, que continuaba en Plappeville, pareció acceder á la petición; mas habiendo llegado entonces un general, cuyo nombre jamás ha podido averiguarse, y que afirmó que todo iba bien, el comandante en jefe mudó de parecer y envió por todo auxilio algunos furgones. A eso de las tres, Bazaine se había decidido á montar á caballo; pero no se había dirigido á Amanvillers ni á Saint-Privat, sino que, por el contrario, se había aproximado á su izquierda, subiendo al fuerte Saint-Quentin. Aunque la cosa pareciera inverosímil, resulta de testimonios muy fidedignos que, lo mismo desde Saint-Quentin que de Plappeville, no se oía sino muy confusamente, á causa de la dirección del viento, el cañoneo del 6.º cuerpo; mas si la intensidad de la batalla sólo se revelaba por débiles ruidos, en cambio los reiterados despachos recibidos del lugar de la acción denunciaban la gravedad de las circunstancias. Ladmirault pedía infantería; Canrobert la reclamaba también, pero suplicaba sobre todo que le enviaran artillería; y Bourbaki, cruelmente perplejo entre los riesgos de la inercia y los peligros de una intervención imprudente, solicitaba órdenes enérgicas en vez de prescripciones equívocas. Los mensajeros llegaban al Estado mayor, en donde Jarrás los recibía y los dirigía al mariscal, quien conservaba una serenidad singular: «Por allí tengo gente,» respondió tranquilamente á uno de sus oficiales, señalando la dirección de Amanvillers y Saint-Privat (3). El único socorro enviado al 6.º cuerpo consistía en dos baterías; y, sin embargo, eran numerosas las fuerzas que no habían entrado en acción: la reserva de artillería, salvo las dos baterías mandadas á Canrobert, permanecía inactiva; en el barranco de Chatel y cerca del molino de Longean, se consumían de impaciencia diez regimientos de caballería, hasta los cuales llegaban algunas granadas perdidas y que no podían contestar; los granaderos de la guardia estaban disponibles, y los cazadores, que habían avanzado algo hacia el 3.º cuerpo, hallábanse aún intactos. Y no era que el mariscal estuviera completamente inactivo: desde el fuerte Saint-Quentin, y atento siempre á su izquierda, se dedicó á apuntar algunas piezas sobre Jussy para contestar á los cañones prusianos, con lo cual trataba de engañar á los demás y de engañarse á sí mismo gastando en cosas secundarias una actividad puramente superficial. Aquella misma tarde salieron del cuartel general dos despachos, uno para el mariscal Mac-Mahón y otro para el emperador, dándoles cuenta del ataque prusiano.

Los sajones se habían puesto en movimiento, y á eso de las cuatro y media la 45.ª brigada, á las órdenes del general Craushaar, había llegado á Auboué. Entre este pueblo y Roncourt extendíase un barranco cubierto de árboles que, inclinándose de Sur á Norte,

(1) *Procès Bazaine*, declaración Bellegarde (audiencia del 25 de octubre de 1873).

(2) *Procès Bazaine*, declaración Chalus (audiencia del 25 de octubre de 1873).

(3) Coronel Fix, *Souvenirs d'un officier d'état-major*, 2.ª serie, pág. 44.

descendía hacia el Orne; en aquel valle había penetrado el enemigo remontando luego sus laderas, sin encontrar más resistencia que el fuego de algunos tiradores franceses. Aun más hacia el Norte, la 48.ª brigada proseguía su marcha en dirección á Montois, desde donde había de caer también sobre Roncourt; algo más atrás, la 46.ª brigada llegaba á Moineville; la 47.ª estaba en Sainte Marie. Delante de la carretera de Auboué á Sainte-Marie se hallaban alineadas, en número de doce, las baterías de las divisiones y las de la artillería de cuerpo, que con sus 72 piezas formaban la prolongación hacia el Norte de las baterías de la guardia.

El príncipe Augusto de Wurtemberg, que se encontraba en Saint-Ail, observó desde allí que algunas tropas francesas parecían replegarse desde Roncourt sobre Saint-Privat y vió después desarrollarse, al Norte de Sainte-Marie, la larga fila de los cañones del XII.º cuerpo, deduciendo de estos indicios que el movimiento de los sajones estaba bastante avanzado para que quedara asegurada su cooperación. Entonces, con el asentimiento del príncipe Federico Carlos, dió orden de que entrara en acción la Guardia.

El objetivo había de ser tomar las posiciones francesas desde Amanvillers hasta Saint-Privat. El enemigo á quien se iba á atacar no eran únicamente las tropas del 6.º cuerpo, sino también las del 4.º, que en aquella última parte de la jornada habían de compartir, por una solidaridad triste y gloriosa, las penalidades de Canrobert. En cuanto cabe separar acciones que en muchos puntos se confunden, habían de distinguirse en aquella lucha tres ataques: el de la 4.ª brigada contra el caserío de Jerusalén; el de la 3.ª contra Amanvillers, y el de la 1.ª división contra Saint-Privat.

No hubo entre los ataques completa simultaneidad. La cuarta brigada, que se componía de dos regimientos magníficos, el del emperador Francisco (2.º de granaderos) y el de la reina Augusta (4.º de granaderos), se encontraba en Saint-Ail y fué la primera en entablar combate, formándose para ello al Este de la carretera de Saint-Ail á Sainte-Marie y dando frente á Jerusalén. Eran las cinco y cuarto; á la izquierda estaba el 2.º de granaderos y á la derecha el 4.º; nuestros tiradores cubrían las vertientes y ocupaban las crestas, protegidos por varios setos; los prusianos habían de subir por un terreno descubierto. En cuanto los granaderos del 2.º regimiento dejan atrás Saint-Ail, una lluvia de balas aclara sus filas, y, para colmo de desgracia, la sequedad de los anteriores días ha endurecido el suelo de suerte que muchos proyectiles al tocar en tierra rebotan y causan daños. El coronel es alcanzado por una bala lo propio que dos jefes de batallón; sólo algunas acequias de riego ofrecen un abrigo irrisorio, y los asaltantes avanzan por saltos sucesivos dejando el campo cubierto de heridos y de muertos. Casi todos los oficiales están fuera de combate, y al cabo de algunos minutos, las compañías, privadas de su jefe, no son más que grupos incoherentes. Las líneas se inclinan instintivamente hacia el Norte, hacia la gran calzada de Sainte-Marie-aux-Chenes á Saint-Privat, cuyos terraplenes ofrecen una protección precaria, y los granaderos, tendidos en las cunetas de la carretera, sostienen el fuego contra los tiradores franceses y se mantienen en aquellas posicio-

nes, pero sin poder avanzar. El regimiento de la Reina es algo más afortunado, pero ¡á costa de cuántas pérdidas! Avanza resguardándose al principio en dos ligeras depresiones del terreno, que los partes oficiales califican con el nombre de valle; pero apenas comienza á escalar las alturas, un fuego terrible derriba filas enteras. El comandante de los tiradores cae herido mortalmente: es el mayor Salm, de azarosa carrera, á quien hemos visto conspirar generosamente en México para la evasión de Maximiliano. También es herido el jefe del 1.º regimiento. Los prusianos ganan algún terreno, llegan á una colina avanzada y obligan al adversario á retroceder hacia Jerusalén; pero en la posición que acaban de conquistar sufren por todos lados el fuego de los franceses. Llegan, en esto, al galope dos baterías de la Guardia, exponiéndose á ser enteramente destruidas, y gracias á este socorro valeroso, los granaderos logran sostenerse aunque sin poder llegar hasta el caserío.

La 3.ª brigada, constituida por el regimiento del Emperador Alejandro y por el regimiento de la Reina Isabel, acababa de ser puesta á la disposición del IX.º cuerpo y substraída, por ende, á las órdenes del príncipe Augusto de Wurtemberg. Cuando Manstein vió que las masas de la Guardia se desplegaban delante de Saint-Ail, puso también en movimiento á los granaderos, llevándolos desde Habonville contra Amanvillers, lo cual significaba un esfuerzo dirigido no tanto contra nuestra derecha como contra nuestro centro, pero que se combinaba con el conjunto de los ataques destinados á romper las líneas francesas. La 4.ª brigada sufrió casi la misma suerte que la 3.ª; cuando los tiradores primero y los fusileros después hubieron salido del bosque de la Cusse y entrado en un terreno descubierto, fueron abrasados por las balas de los nuestros. El comandante de la brigada, dos comandantes de batallón y la mayor parte de los comandantes de compañías son heridos, y entonces se ve aquí á un alférez y allí á un sargento juntar los grupos para ponerlos en estado de combatir. Muy pronto se abre una brecha entre las diversas fracciones del regimiento; pero acude el regimiento Isabel y á costa de pérdidas crueles llena aquel hueco. La destrucción habría sido aún más completa si nuestros soldados, que estaban de cara al Oeste, no se hubiesen visto privados de apuntar por los resplandores del sol poniente que los deslumbraban. Los prusianos, aunque diezmos, ganan terreno poco á poco y llegan á esa distancia á que el fusil de aguja produce todos sus mortíferos efectos. Nuestras bajas son numerosas, y en aquel momento caen heridos el general Pradier y los coroneles See y Caillot, este último mortalmente (1). Los asaltantes llegan á la cresta de la meseta; sólo distan 600 metros de nosotros y un kilómetro de Amanvillers; pero, agotados por aquel esfuerzo supremo, después de haber consumido todo el heroísmo de que es capaz la naturaleza humana, y teniendo que habérselas con adversarios cuya tenacidad es sólo comparable con su propia osadía, se detienen jadeantes, tiéndense en el suelo y se limitan á conservar el terreno señalado por los cadáveres que han dejado por el camino.

Más trágica aún había de ser la suerte de la 1.ª divi-

(1) Coronel Rousset, *Le 4.º corps de l'armée de Metz*, página 253.

sión. Saint-Privat no estaba, como Amanvillers, construido detrás de las alturas, sino que ostentaba agrupados sus jardines, sus granjas, sus cercados en la cumbre y delante de las crestas. Para el agresor no había ningún abrigo, exceptuando algunos árboles y hacia el Norte una ligerísima depresión del terreno; en cambio el defensor tenía delante de sí un verdadero campo de tiro, fácil de barrer. El príncipe Augusto de Wurtemberg, después de haber salido de Saint-Ail y dejado su 4.ª brigada, habíase dirigido á Sainte-Marie, y cuando hubo comunicado sus órdenes al general De Pape, éste midió la magnitud del holocausto, espantóse de lo que se le mandaba, y antes de sacrificar sus valientes tropas, las más fuertes del Estado prusiano por el valor de sus soldados y las más ilustres por la categoría de sus jefes, aventuró algunas objeciones. ¿No sería más prudente esperar á que la artillería hubiese asegurado mejor el ataque ó á que se hubiese acentuado más el movimiento de los sajones? El general señalaba con un gesto Saint-Privat, que tenía, según él decía, todo el valor de un puesto fortificado. Pero era ya tarde y urgía apresurar el desenlace; además la 4.ª brigada había entrado ya en combate, oyéndose á la derecha, delante de Saint-Ail, el fuego de fusilería, y aunque se hubiese querido habría sido difícil retrasar lo que estaba empeñado.

En su consecuencia, el general De Pape sacó de Sainte-Marie la 1.ª brigada, compuesta de los regimientos 1.º y 3.º de á pie. Delante de Saint-Privat destacábase claramente el perfil de un grupo de construcciones que formaban una ligera eminencia al Sudoeste de la aldea, y aquel fué el objetivo para el ataque. El 2.º regimiento se quedaría un poco atrás y el resto de la 2.ª brigada permanecería provisionalmente en reserva.

La infantería francesa, desplegada entre Roncourt y Saint-Privat, cogería de flanco á los asaltantes. Saint-Privat estaba guarnecido con tropas bien armadas y resguardadas, y la artillería, aunque muy mermada, continuaría siendo temible por su posición. Contra aquel adversario, tan valiente como ellos, marchaban intrépidamente los soldados de la Guardia prusiana. Eran algo más de las cinco y media. A la derecha extendíase la calzada de Briey á Metz, hacia la que se dirigía ya la 4.ª brigada, dando vueltas bajo una lluvia de proyectiles y buscando el abrigo de las cunetas. El primer batallón que entró en combate fué el de los fusileros del 3.º regimiento: delante de él, ascendía el terreno completamente desnudo, despojado hasta de las mieses, pues poco antes habían sido entrojadas las últimas cosechas; desde los primeros pasos cayó el jefe destrozado por una granada y fué herido el coronel Lessingen que acompañaba á la columna. Un capitán tomó el mando y, poniéndose con el abanderado en primera fila, trató de arrastrar á los soldados; mas en seguida sucumbió, dispersándose entonces los restos de aquella tropa (2). A la izquierda de los fusileros aparece un segundo batallón y luego un tercero, pero sufren la misma suerte; todos los oficiales sucumben y muy pronto de algunas compañías no quedan sino unos cuantos hombres. Los prusianos están á seiscientos ó setecientos metros de Saint-Privat y en vano intentan avanzar,

(2) *La guerre franco-allemande*, tomo II, pág. 829.